

LA LIRICA DE LAS RUINAS

(CONCLUSION)

N. de la R.—Tal vez a muchos lectores les habrá llamado la atención que este excelente trabajo se haya colocado en la sección VIDA y HECHOS, cuando debiera ir en la de LETRAS, dados los primores literarios de su forma. Quizás tengan razón, pero como en él se toma el asunto para enfrentarlo con el «hecho-vital» de ALCÁNTARA, como evocación que «sobrevive y perdura», no hubo más remedio que colocarlo en su adecuado marco.

En cambio la llegada del Renacimiento se anunció por el golosineo de lo histórico y lo antiguo: Petrarca habla en sus «Cartas familiares», de su inefable emoción histórica ante las «Termas» de Diocleciano; y Alberto delli Alberti, en una carta a Juan de Médicis, declara: «los edificios modernos son deplorables y lo único bello en Roma son las ruinas». Tambio Bocaccio habla de «los muros viejos que son nuevos, sin embargo, para los espiritus modernos». Todo lo antiguo cobra entonces un mágico valor; la misma palabra «antigüedad» fulge ante las mentes renacentistas como un objeto precioso. Se colecciona todo lo antiguo: monedas, medallas, libros, muebles. Con el culto de las antigüedades y de las ruinas, viene el fervor por las excavaciones; todo el mundo renacentista se puso a escabar con manía obcecada de múrido, trasmutando su sentimiento histórico de profundidad en el tiempo, en voluntad tensa de ahondar en el espacio. No hizo falta entonces el descubrimiento de Troya «esa gigantesca trufa histórica que nos ha abierto el apetito», (Ortega), para que el renacentista estremecido se pusiera a escabar ávida e incansablemente. Julio II ara, pica y cachea todo el subsuelo de Roma como si buscara los escondidos tubérculos de una cultura, cuando en realidad buscaba anhelante una cosecha de estatuas; y así descubrió el «Laccoonte», la «Venus del Vaticano» y la estatua de Cleopatra. Con Alejandro VI, aparece el «Apolo de Bellvedere»; Rafael de Urbino emprende enamorado y soñador la restauración de la parte antigua de Roma. Empieza la voracidad por los escritores antiguos, y la copia, lectura y colección de todos sus escritos y, al coleccionismo de medallas y monedas, sigue el coleccionismo de libros en grandes bibliotecas, rehaciéndose en parte el tesoro grecolatino que dejó perder la alta Edad Media y que solo fué parcialmente conservado por la abnervación de los monjes de Monte Casino. Y era, más que afán de saber, honda veneración por lo antiguo, pues Petrarca poesía una «Iliada» y una «Odisea», en griego, que no podía leer por ignorar este idioma. Y aún más expresivo es el caso de Federico de Urbino que, dueño de una de las espléndidas bibliotecas de su tiempo, se hubiera avergonzado—según decía—de tener un libro impreso, que solo, por serlo, ya perdía su posible calidad de libro antiguo. No se trataba pues de aprender, sino de poseer antigüedades y satisfacer la

noble pasión viril del cultivo de lo antiguo que se mezclaba con un naciente sentimiento estético de las ruinas. Esta emoción de lo antiguo de las ruinas dura sin embargo poco. Hacia mediados del siglo XVII las ruinas se desprecian y aún destruyen aprovechando las piedras para los palacios y las estatuas para los salones y los jardines; la *Historia* de las ruinas se hace entonces *Geometría* de avenidas y de arquitectura palaciega. Por el contrario, en el último tercio del siglo XVIII, se oye por primera vez la andadura del Romanticismo y se reaviva la sed de lo histórico y las nostalgias de la muerte; el hombre elabora grutas artificiales y construye ruinas cuya contemplación paladea como bombones; pero el hombre de ciencia no romántico, el que había elevado la razón a Diosa, no experimenta melancolía estética y religiosa ante las ruinas. Voltaire se reía estrepitosamente ante las de Roma y el Conde de Volney se complace en demostrar en «Las ruinas de Palmira» que la razón está muy por encima de toda vergonzada delectación ante ellas.

Con la plenitud de Romanticismo, en el XIX, hasta las bellezas naturales del paisaje hay que sembrarlas de ruinas para que alumbren toda la emoción estética en el alma del romántico. Todo el paisajismo para el alma romántica, así literario como pictórico, es nostalgia de pátina, de vejez, de nebulosidad de paisaje en ruinas; los parques y jardines que más emocionaban a nuestros abuelos eran los abandonados, los otoñales y alfombrados de la seroja, con un sol patinoso de crepúsculo y como en ruinas. Al filo del novecientos, terminamos confesando que más que una estatua, nos gusta un torso; más que una melodía, su insinuación rítmica; más que la expresión literaria completa, la sugerida; antes que la frase cabal, los puntos suspensivos que llenen de posibilidades infinitas nuestra alma fáustica. Un libro viejo por viejo, un cuadro mediocre por su pátina, un castillo por sus leyendas o por sus torreones carcomidos, nos atraen más enérgicamente que una fábrica nueva, esbelta, bella y limpia con exacta fisiología de cuerdas, poleas y motores.

Sin embargo, ni todos los hombres ni todos los pueblos tienen esta misma emoción fáustica ante las ruinas en nuestro tiempo. Cuando el ejército norteamericano tomó a Nápoles en la última guerra, un soldado yanqui exclamó al pasar por las ruinas de Pompeya: «¿Y estas son las ruinas de que tanto se habla? Son mejores las de los terremotos de California.»

Y es que el sentimiento ante las ruinas es un sentimiento religioso e histórico; es evocación porque evocar es justamente llamar a nuestros muertos, a los que duermen profundamente en la memoria innumerable de la tradición. Solo los pueblos de solera y savia histórica experimentan ese sentimiento ante las ruinas, pero ese sentimiento se atenúa o deteriora en las etapas fuertemente racionalistas e industrializadas. Quizás sea esa la razón de que el pueblo norteamericano experimente escasa emoción profunda ante las antigüedades y las ruinas; pueblo joven, es todavía un pueblo sin profundidad. Por eso se dice en una comedia de nuestro Benavente: «¡Pobre Nueva Yorck, sin árboles y sin ruinas!».

Saludemos a esta Revista que hace campear en su frente el nombre de algo tan robustamente histórico, que nos hace a todos inclinarnos meditativos sobre nuestros propios recuerdos para evocar a nuestros antepasados y recogerlos en infinita soledumbre de emoción histórica: «ALCÁNTARA» representa lo antiguo, lo que sobrevive y perdura, no solamente lo viejo, lo que pasa y muere.....

PEDRO CABA.